

PERSONAS DEL ACTO CUARTO.

EL PADRE ANTONIO.	SERBELLI.
SALVADOR.	ADRIANA.
ALBERTO.	Soldados del ejército
ISAAC.	frances.

ACTO CUARTO.

Un vasto y sombrío subterráneo sirviendo de cárcel bajo las casamatas del fuerte en el campamento frances. A la izquierda, gruesos pilares sostienen la bóveda e interrumpen la luz que baja de las poternas. A la derecha, una puerta baja con reja de hierro a lo alto de una escalera húmeda y oscura. En el fondo un rejado cerrado que da a un patio. En este patio una puerta en la cual se lee escrito con grandes caracteres este rótulo: *Hospital militar.*

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA (sentada en un monton de paja, asida de uno de los pilares por medio de una cadena que sujeta sus piés y sus manos.)

¿Es esto una mazmorra?... ¿es una tumba?...
 ¡oh! me es indiferente...
 ¿Qué me importa el lugar en que sucumba,
 siendo mis infortunios tan prolijos?
 ¡Alberto ya no me ama,
 y está el padre proserito por sus hijos!
 Mi corazón, que un ciego amor inflama,
 en dos partes divido,
 ; una para ese Alberto tan querido,
 otra para Toussaint!... ¿Qué horrible suerte!
 ; sepultadme, tinieblas de la muerte!

ESCENA II.

ADRIANA, SALVADOR, SERBELLI.

(Adriana está sentada, con las manos en los ojos, abismada en sus conmociones. Se ve entrar por la escalera a Salvador acompañado de su hermano; los dos conversan en voz baja en la parte del subterráneo mas alumbrada, a la derecha del espectador, separados por enormes pilares del subterráneo de Adriana.)

SERBELLI. Este es el hospital y las sentinas
 en que del campamento
 vicios se pudren, crímenes sin cuento.
 (Mostrando el subterráneo a la izquierda.)
 SALVADOR. Una memoria el general me pide
 acerca de estos fúnebres lugares...
 Correré mil azares,
 pues está aquí encerrada
 la sierpe por Toussaint domesticada.
 SERBELLI. ¿Qué te importa esa niña?
 SALVADOR. ¿Qué me importa?
 Por ella de Toussaint saber pudiera
 los proyectos y oculta madriguera.
 Cuando muy grave riesgo
 me amenaza, tan solo este servicio
 puede trocar en triunfo mi suplicio
 y dar á mis negocios mejor sesgo.
 SERBELLI. ¿Qué peligro pues temes?
 SALVADOR. ¿Qué peligro?...
 ; Supongo que esos murps
 son, como gruesos, sordos y seguros?
 SERBELLI. Seguros, sordos son. Habla.
 SALVADOR. Tu suerte
 depende de la mia.
 Pertinaz suspicacia nos espia;
 del general en jefe á los oídos
 han llegado rumores
 por todo el pueblo contra mi esparcidos.
 El general me mira de reojo,
 y un hecho estrepitoso necesito
 para calmar su enojo.
 SERBELLI. No acierto á comprenderte.
 SALVADOR. Te repito
 que en el borde me encuentro de una sima.
 ADRIANA. Ayer me dijo el general palabras

que un eco son del público anatema.

¿Y quieres que no tema
perder pronto su estima?

Ciertos son los rumores, no lo ignoras;

mas yo vivia en permanente calma,

creyendo que mi vida estaba oculta

en los pliegues recónditos del alma.

La envidia ha levantado

una punta del velo que cubria

lo que llaman algunos fechoria,

y me ha Leclerc de esta manera hablado:

«Aspavientos sin fin hacen los negros

«por un niño perdido,

«con su madre vendido.

«Van sus sospechas derramando enojos,

«y es fuerza que la Francia

«oculte todo escándalo á sus ojos.

«Borrad de vuestro nombre esa mancilla;

«descubrid á ese niño desgraciado;

«á la madre buscad, sedla propicio,

«que haciéndola algun grande beneficio,

«redimireis tal vez vuestro pecado.

«Recobrad mi confianza de este modo,

«có el mismo cónsul va á saberlo todo.»

SERBELLI. ¿Y tú qué has contestado?

SALVADOR. Creyó con su mirada penetrante

confundirme Leclerc; mas no se traba

fácilmente mi lengua.

Sin pintarse el rubor en mi semblante,

he jurado que nunca de una esclava

solicité un favor que la honra amengua,

que nunca di la vida

á un hijo en una esclava envilecida.

El general dar crédito un momento

ha fingido á mi torpe juramento;

pero la oblicuidad de su mirada

demasiado me dijo

que su credulidad era afectada,

y que en buscar insiste

una prueba tenaz.

SERBELLI. ¿La prueba existe?

SALVADOR. Sí.

SERBELLI. ¿Mas no puedes disiparla?

SALVADOR. Puedo.

SERBELLI. ¿Y qué piensas hacer?

SALVADOR. Buscar do quiera

á esa niña fatal... Corre, pregunta;

los negros te dirán todo el secreto;

conjurarás el golpe que me amaga

y que refluye en tí, si eres discreto.

SERBELLI. ¿Los negros de su origen desgraciado
el misterio conocen?

SALVADOR. Demasiado.

Denuesta al vil que cometió el delito,

y compra á peso de oro

la niña cual si fuese un gran tesoro;

embácala al momento,

que cuando aleje favorable el viento

á la vil desterrada de esta orilla,

no quedará testigo á mi mancilla,

y ante blancos y negros impudente,

blasonando de honrado,

levantaré la frente

sin siquiera una sombra del pecado.

SERBELLI. ¿Cuál es el nombre de tu hija?

SALVADOR. Adriana.

SERBELLI (marchándose.)

Basta.

SALVADOR. Corre, apresúrate.

SERBELLI. Si, mia

es tu causa tambien, en mí confia.

SALVADOR. Y yo de este hospital improvisado,

del general las órdenes cumpliendo

voy á formar un minucioso estado.

Aquí me encontrarás.

(Serbelli sale.)

¡Todo me aterra!

¡Oh! ¡si me fuese dado

mi secreto ocultar bajo la tierra!

(Salvador abre la reja y cruza lentamente por el patio para entrar en el hospital.)

ESCENA III.

ISAAC, ADRIANA.

(Se oye un ligero ruido hacia un respiradero. Isaac se desliza por en medio de los barrotes y se precipita en los brazos de Adriana.)

ISAAC. ¡Adriana!

ADRIANA. ¿Tú, Isaac?

ISAAC. Oh hermana mia !
 ADRIANA. ¡ Angel mio !
 ISAAC. Ella !
 ADRIANA. Él !
 ISAAC. Si , si , nosotros !
 ADRIANA. ¡ Rayo el mas puro del mas puro cielo !
 ¿ cómo descendes á este sucio lodo ?
 ISAAC. ¿ Qué estás diciendo , hermana mia ?
 es estando contigo el calabozo .
 ADRIANA (alejándose y acercándose para verle mejor.)
 ¡ Es él ! ¡ es mi Isaac !
 ISAAC. Lloro .
 ADRIANA. ¡ Oh mi sueño !
 abrázame otra vez ; dímelo todo ;
 ¿ Cómo has podido descubrir mi tumba ?
 ¿ pediste alas á un pájaro , oh hermoso ,
 para traerme un rayo de consuelo ;
 para llenar mi espíritu de gozo ?
 ISAAC (con candor.)
 ¿ No lo adivinas tú ?
 ADRIANA. No .
 ISAAC (sonriéndose.) Los barrotes
 de esas puertas se hicieron de este modo
 contra el hombre no mas . Yo , que soy niño
 entre ellos paso , padeciendo un poco .
 ADRIANA (abrazándole.)
 ¿ Pero qué oculto espíritu te ha dicho
 mi paradero ?
 ISAAC. El corazón tan solo .
 Desde que te entreví junto al mendigo ,
 no sé por qué se me ocurrió de pronto
 que eras tú su gracioso lazarillo .
 Yo bajo los vestidos andrajosos
 que tus nativas gracias ocultaban
 pude reconocerte , y silencioso
 tus pisadas seguí , y esta mañana
 corriendo en pos de los insectos de oro ,
 me he cansado por fin , y me he sentado
 sobre la verde yerba . Con asombro
 desde el glacis miraba las montañas ,
 y gota á gota el llanto que á mis ojos
 llevaba el corazón enternecido
 me hacia ver cuánto tenía en torno
 con los colores mágicos del iris .
 Una vez los cerré para en mi propio
 ver mejor á mi padre y á mi hermana ,

y tan presentes os tenía á todos ,
 que os estaba abrazando... como ahora .
 (La abraza.)
 En medio de mi ensueño delicioso
 saliendo de los céspedes mullidos
 de una canción tristes estancias oigo .
 Parecía la yerba que cantaba ,
 y era tu voz ¡ gran Dios !... La reconozco ,
 reconozco , ó Adriana , la balada
 que de tu pecho sale entre sollozos :
 « Duerme , pájaro negro... ¿ No te acuerdas ?
 Todo mi ser en la balada pongo
 y me levanto , y veo una cerceña
 y abismo mis miradas afanosas
 en una estancia lúgubre que aterrará
 sin ver mas que tinieblas en su fondo .
 Y paso el día rebuscando en vano
 la entrada de este triste calabozo ,
 hasta que en fin un corredor percibo ;
 entro en él animoso , verte logro ,
 y aquí me tienes ya .
 ADRIANA. Si ; si , te tengo .
 Déjame ver tu delicioso rostro
 que embelleció la edad sin alterarlo ;
 deja que admire tu valor heroico
 como un hermano denodado y bravo ,
 como una hermana dulce y cariñoso .
 ISAAC. ¡ Hermana mia !... Pero deja que antes
 de tus piés , de tus brazos tan preciosos
 quite esos eslabones... No... no puedo...
 el uno remachado está en el otro...
 Ni siquiera aflojarlos me es posible...
 ¡ Oh ! ¡ qué fatalidad ! tiernos y flojos
 son los dedos de un niño... ¡ Si mi hermano
 viniera !... ¡ Si ! vendrá , á buscarle corro .
 ADRIANA. ¡ Y estaremos los tres !
 ISAAC. Los tres ! ¡ ah ! ¡ es cierto !
 él solo doblará nuestro alborozo ,
 porque sin él no puede ser completo .
 Corro á buscarle .
 (Se dirige á la puerta y retrocede con alguna vacilacion.)
 ¡ Llegará á su colmo
 la alegría de Alberto cuando vuelva
 á ver á aquella hermana de que ansioso